

A veces prosa

Festejo

Adolfo Castañón

I. La lengua y la palabra, la escritura y el alfabeto acompañan al hombre desde su origen. La palabra es un puente y un yunque, un andador y una forja, instrumento y firmamento, indumento y piel, segunda naturaleza que ayuda a traducir la primera.

La lengua es tierra nativa y patria: que- rencia.

II. Ya los cronistas y los descubridores ad- virtieron que la prodigiosa Ciudad de Mé- xico, la altiva Tenochtitlan, era una ciudad cosmopolita: se hablaban en ella diversas lenguas, se pronunciaban palabras en diversos tonos, se elevaban altares a un cú- mulo de deidades que hablaban un idio- ma de piedra. La ciudad estaba divida en barrios, segmentada en clases y poblado- res que provenían de distintos rumbos; cruzaban los canales pregones lanzados al aire en distintas lenguas. Para reducir y conquistar esta ciudad tuvo el español que atravesar al menos dos puentes y aduanas lingüísticas. De ello da fe la presencia plu- rilingüe de la legendaria Malinche, madre de la lengua y madrina y matrona, nodriza del terrible encuentro. Malinche-Marina midió sus ojos y su aliento con el de Her- nán Cortés: la sombra de sus dos cuerpos preside como un animal de dos espaldas la fundación de la Nueva España y el asen- tamiento de la nueva ciudad criolla sobre los escombros de la gran Tenochtitlan. La capital de la Nueva España fue trazada desde el santuario donde habitaban antes los sacerdotes de Huichilopoztli, los hom- bres-coyote de Coyoacán.

Si hemos de creer la amalgama fragua- da por Alfonso Reyes, desde que tuvo esa primera “visión de Anáhuac” en 1519, el conquistador supo que esa imponente lla-

nura hecha de lagos haría de la lengua es- pañola *otra cosa*: las palabras castizas que- daban resonando en el aire casi rígido de tan transparente del valle.

III. Entre todas las lenguas europeas, la española destaca por el hecho de ser ha- blada y practicada por más de 500 millo- nes de personas. A este hecho estadístico ha de añadirse otro: la Real Academia Es- pañola, fundada en 1713 por Juan Ma- nuel Fernández Pacheco, marqués de Ville- na, y aprobada por cédula real de Felipe V en 1714, decidió el 24 de noviembre de 1870 promover e instituir academias ame- ricanas correspondientes. Sabia decisión clarividente. El gesto respondía a la cons- ciencia que tenía España de que, pese a las independencias y emancipaciones muchas veces conflictivas, el idioma cultivado en América durante más de tres siglos era pa- trimonio no sólo de los americanos o de los españoles, sino de una comunidad ecu- ménica que los comprendía a todos. Sabia decisión clarividente: a través de ella Es- paña se abría desde la médula misma de su identidad lingüística, a un reconoci- miento del otro y de los otros. Se rompía el largo ensimismamiento colonial; se abrían las puertas y ventanas para que entraran en el arca del idioma aquellas voces, esos giros, esas palabras, esas acepciones que habían crecido en América. Gracias a esa decisión clarividente, empezaron a desa- rrollarse las academias de la lengua es- pañola: un gesto y una corriente de legitima- ción y de reconocimiento que no supieron tener los otros idiomas coloniales (como por ejemplo el francés).

IV. El 13 de abril y el 11 de septiembre de 1875 se celebraron las reuniones prepa-

ratoria e inaugural de la Academia Mexi- cana correspondiente de la española, pre- sididas por don José María Bassoco en la casa de su primer bibliotecario, don Ale- jandro Arango y Escandón. En una sesión posterior del 25 de septiembre se elegiría como primer secretario a don Joaquín Gar- cía Icazbalceta, a don Manuel Peredo como censor, y como tesorero a don José María Roa Bárcena. Otro de sus miembros fue don Sebastián Lerdo de Tejada, quien a la sazón fungía como presidente de la Re- pública. Para llegar ahí las asociaciones literarias y académicas de México habían tenido que hacer un largo recorrido. La Academia Mexicana era la heredera de la Academia Imperial de Ciencias y Lite- ratura y de la Academia de la Lengua, y convivía y compartía miembros y tareas con otras asociaciones, como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Desde su nacimiento en la Academia se han congregado lingüistas, filólogos, gra- máticos, historiadores, escritores, bibliófi- los, poetas y hombres de Estado: de Andrés Quintana Roo a José María Lafragua; de Joaquín García Icazbalceta a José María Vigil; hombres y mujeres de palabra han nutrido con su trabajo y sus ideas a esta corporación. Los académicos fundadores se trazaron desde un principio una hoja de ruta, una partitura de cuenta larga que presupone el registro y conocimiento del español hablado en México, de su histo- ria, poesía y literatura, por ejemplo, el *Vo- cabulario de mexicanismos* de Joaquín Gar- cía Icazbalceta, la *Gramática* de Rafael Ángel de la Peña, la historia de la poesía mexicana representada por las antologías editadas por José María Vigil, el estudio de los escritores mexicanos en quienes obra y se hace obra la lengua.



La Academia Mexicana se funda durante el periodo conocido como República Restaurada, luego de la caída del Imperio de Maximiliano, y durante la consolidación de la república liberal presidida por Benito Juárez y, luego, por Sebastián Lerdo de Tejada. Se consolida durante los gobiernos de Manuel González y Porfirio Díaz, prosigue su existencia como en ascuas a lo largo de los agitados días de la Revolución y, cuando esta concluye, poco a poco, proseguirá sus actividades. Tanto sus miembros como la institución misma serán testigos de la historia y velarán por ese patrimonio a la par inmaterial y esencial que es la lengua y su conocimiento. En la Academia y en la universidad se refugian los maestros, escritores e investigadores que guardarán celosamente el conocimiento de la lengua y aun de la cultura del país a través del idioma. A partir de la época de Porfirio Díaz, la Academia Mexicana congrega en su seno ministros y dignatarios que son también hombres de letras como Joaquín D. Casasús, José López Portillo y Rojas, o el obispo Ignacio Montes de Oca —como más tarde ocuparán sitial por su conocimiento de las humanidades clásicas el arzobispo Luis María Martínez, o los sacerdotes Octaviano Valdés o Gustavo Couttolenc.

v. La ecuación que alía a la letra con el cetro se da a través de la educación y el conocimiento. Entre los académicos se eslabonan juristas y médicos, comunicadores, diplomáticos, economistas e historiadores, filósofos y filólogos, arqueólogos y editores, maestros, profesores, políglotas, dicionaristas transmisores del conocimiento. Diríase que la Academia es un Estado dentro de un Estado, una ciudad imagi-

naria donde estarán representadas idealmente todas las disciplinas del saber y el conocimiento. De ahí también que la Academia pueda ser considerada una suerte de refugio que alberga a esos embajadores de la creación intelectual que son los poetas, los dramaturgos, los músicos y los narradores. Sucesión de constelaciones electivas, la Academia se reconoce como una especie de familia cuyo ámbito es la vigilia en torno al lenguaje, sus raíces, circunstancias, soportes, amenazas y perspectivas...

La historia de la AML se inscribe en la historia de México, de la América española y, desde luego, de España misma.

A esa edad visionaria de la fundación de la AML en los años de la República Restaurada, seguirá la consolidación en el Porfiriato. Algunos miembros participan en proyectos notables. Tales son los casos de Vicente Riva Palacio en *México a través de los siglos*, o de la obra monumental *México: su evolución política*, donde se incluye la “Evolución política del pueblo mexicano”, de Justo Sierra, que recuperará en 1939 Alfonso Reyes. Durante los años de crisis de la Revolución (¿1913-1923?), la Academia prosigue su actividad como en ascuas. Muchos de sus miembros se han dispersado o desterrado como Victoriano Salado Álvarez, narrador de los *Episodios nacionales mexicanos* escritos al estilo de Benito Pérez Galdós y autor de unas primeras *Minucias del lenguaje* que luego inspirarían a José G. Moreno de Alba.

De esos años y de los inmediatos anteriores y posteriores procede el descubrimiento deslumbrado que hacen de México los académicos y escritores: de un lado la revelación e investigación de las orillas y urdimbres indígenas presentes tanto en el suelo y subsuelo, en las ruinas prehispa-

nicas de las diversas regiones nacionales como en el español hablado y escrito en México (Darío Rubio, Cecilio A. Robelo); del otro, el descubrimiento no menos deslumbrado del pasado colonial y virreinal de México a través de la literatura colonialista como en las obras de Alfonso Reyes, Artemio de Valle-Arizpe, Genaro Estrada, entre otros. Más allá o más acá la revelación del presente mismo del mundo en las obras de Salvador Novo, Carlos Pellicer, José Gorostiza.

Al concluir la Revolución mexicana e iniciarse la llamada época constructiva se da un despertar plural: hacia la educación de las mayorías urbanas y rurales (gestas de la educación bajo la égida de José Vasconcelos, hacia la salvación del pasado indígena, misteriosamente presente) (Cecilio A. Robelo, Ignacio Bernal, Manuel Gamio), hacia los países que componen la gran ecúmene iberoamericana e hispanoamericana (recuérdese que en el Centro Histórico de la Ciudad de México la nomenclatura de las principales calles, que lleva los nombres de Argentina, Brasil, Chile, Cuba, Honduras, Guatemala, Santo Domingo, Uruguay, Paraguay, fue impuesta durante el gobierno del general Álvaro Obregón y cuando José Vasconcelos, secretario de Educación Pública y autor de *La raza cósmica*). La participación de José López Portillo y Rojas y de Federico Gamboa aseguró la continuidad de la corporación en los revueltos tiempos por los que pasó México.

A esa primera mitad del siglo XX se remonta una tenaz discusión alrededor de la lengua dispersa en el continente hispanoamericano. La inició, entre otros, allá en España, Ramón Menéndez Pidal: la lengua española en América ¿está destinada

a semejanza del latín a desaparecer y dispersarse en idiomas distintos y autónomos?, ¿debe promoverse y registrarse la diversidad de los acentos y formas regionales?, ¿debe buscarse la unidad?, ¿qué es y cómo debe aplicarse el concepto de corrección lingüística? Después de José Martí, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, se sienten más cercanas a la idea de una modernidad activa y eficiente las minorías literarias. Esos “grupos cortos” a los que Pedro Henríquez Ureña daría su voto de confianza. Así, algunos jóvenes vanguardistas hispanoamericanos, como el primer Borges, sienten que, en cierto modo apremiante, deben salvar a España de los españoles; la lengua hablada en América parecería estar más viva, ser más rica, que la acrisolada en la vieja España, donde también por cierto se dan minorías críticas que, como la generación española de 1914, piensan que es necesario para la salud social reno-

var las formas de vida mental, como puede ser el caso de los grupos constelados sucesivamente en el Instituto Libre de Enseñanza, fundado por Francisco Giner de los Ríos, la Residencia de Estudiantes, cuya idea ha sido tan influyente en la arquitectura de El Colegio de México, o la misma *Revista de Occidente*, cuyas hijas: las revistas *Contemporáneos*, *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, *Sur*, *Orígenes*, *Moradas*, *Diálogos*, *Plural*, *Vuelta*, afirman el beneficio de ese Rapto de Europa, para aludir al título del ilustre filósofo e historiador Luis Díez del Corral.

VI. Menos de un siglo después de su fundación, en abril de 1951, el gesto en apariencia modesto de los visionarios traductores, poetas, juristas y filólogos de 1870, conformado por Mariano de Roca Togo- res, marqués de Molins, Patricio de la Escosura, Juan E. Hartzenbusch y Fermín

de la Puente y Apecechea, tendría una iniciativa sin precedente: por sugerencia del licenciado Miguel Alemán Valdés, presidente de la República y miembro más tarde de la corporación, se celebraría el primer congreso de las academias de la lengua española en nuestro país, y toca a don Alejandro Quijano (1883-1957) fungir como director de la corporación y hacer la convocatoria. Por un apunte de Alfonso Reyes en su *Diario*, correspondiente al viernes 22 de septiembre de 1951, consta que la idea de hacer un Congreso de las Academias empezó a tomar forma al menos desde el miércoles 20 de ese mes durante una sesión, en casa de José Rubén Romero, donde se habló del “Congreso de Academias. El presidente (Miguel Alemán) ha dado más de millón y medio que don Rubén Romero habrá de administrar”.¹

Así pues, en abril de 1951 se llevó en esta ciudad a cabo la fundación de la Asale, la Asociación de Academias de la Lengua Española. Asistieron las representaciones de todas las academias de la lengua, salvo la española, por motivos más de índole política que académica. México había sido uno de los pocos países que dio asilo a los centenares de refugiados que salieron de la península con motivo de la Guerra Civil. No sólo eso. Había reconocido al gobierno republicano en el exilio. Al principio, los académicos españoles aceptaron la invitación. Sin embargo, a última hora, se vieron obligados a cancelar su participación, “por circunstancias de carácter extraño al desinteresado y puro de nuestra conferencia”, como dijo en la solemne inauguración de aquel congreso don Alejandro Quijano. En ese mismo discurso, titulado “Una lengua periférica”, recalcó que los académicos congresistas “aplicarán su sabiduría [...] a procurar que adquiera creciente vigor y precisión y gracia nuestra lengua, a fin de que la mente que piensa en español pueda expresarse en buen español”.

Lo que estaba en juego era precisamente el tema del bien decir en una lengua, la castellana, que al atravesar el Atlántico se había hecho española y se había



¹ Alfonso Reyes, *Diario IV*, edición crítica, introducción, notas, fichas bibliográficas, cronología, índice de Víctor Díaz Arciniega, FCE, México, p. 390.

repartido por el continente americano y aun el asiático, si se considera a Filipinas. Una lengua que se había desarrollado a lo largo de varios siglos y se había enriquecido con indigenismos y americanismos sin perder ni su carácter ni su talante para ser vehículo de una civilización y de una cultura. Las discusiones de ese Congreso estuvieron polarizadas entre quienes abogaban por la autonomía radical, sostenida en primer lugar por Martín Luis Guzmán,² y una posición más moderada que constataba que el meridiano del idioma pasaba por Madrid, como sostuvo don Pedro de Lira de la Academia Chilena. Otro de los mexicanos que dejaron memoria del Congreso fue el escritor tabasqueño vecindado en Estados Unidos Andrés Iduarte, quien hizo particular énfasis en el peso que tenía el vínculo entre España e Hispanoamérica.³

Gracias a la idea de que hubiese una comisión permanente, conformada en ese momento por los mexicanos José Rubén Romero, Alberto María Carreño y Julio Jiménez Rueda, y al tacto e inteligencia del representante de la Real Academia Española en la comisión permanente, se siguieron los trabajos e iniciativas derivadas de ese histórico congreso, y su continuidad en los siguientes encuentros, catorce hasta ahora: Madrid, Bogotá, Buenos Aires, Quito, Caracas, Santiago de Chile, Lima, San José de Costa Rica, Madrid, Puebla, San Juan de Puerto Rico, Medellín, ciudad de Panamá, y en noviembre de este año, México. En 1960 la flamante Asale suscribió el convenio multilateral de Bogotá, que la Academia Mexicana de la Lengua solamente firmaría hasta 2012.

Es memorable y vivaz la crónica que hizo del Congreso Salvador Novo, quien por cierto no era miembro todavía de la Academia:⁴

² Martín Luis Guzmán recogió sus puntos de vista sobre el tema del Congreso y sobre otros asociados en el libro *Academia en Obras completas II*, prólogo de Rafael Olea Franco, FCE/INEHRM, México, 2010, pp. 453-536.

³ Andrés Iduarte, *Hispanismo e hispanoamericanismo*, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, 1993, pp. 57-72.

⁴ Salvador Novo, "Cartas viejas y nuevas de Salvador Novo" en "Perfil de la ciudad de México" en *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Ale-*

"[...] El que no va a mandar representación de su Academia es precisamente aquél que tiene y sostiene la Academia que es madre o matriz de todas las Academias filiales que la siguen, la obedecen, pliéganse a su modelo y en la medida de sus posibilidades limpian, fijan y dan esplendor a la Lengua de la que es Real Academia aquella misma que se abstiene de concurrir a su congreso. Con lo cual, desde cierto punto de vista, podría pensarse que en la medida en que las lenguas americanas y filipinas que concurren a fundirse o licuarse en la pequeña Babilonia de este congreso han sentido la necesidad de ponerse de acuerdo entre sí, porque percibían que discrepan de cómo se habla el castellano de la Academia Española en América y en Filipinas: y no viene siempre mamá a decirles cómo o a aprobar su disonancia, no habrá de ser de lenguas ni de lengua semejante congreso, sino de dialectos. [...]

"Tan bonito que hubiera sido. Casi en momentos en que una conferencia de cancilleres los reunió en Washington a limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua política que debe hablar el continente: a su gramática estratégica: a su analogía democrática, a su prosodia anticomunista, a su sintaxis táctica y a su ortografía económica, ¿qué habría sido más congruente con el sistema de dirimir unos cuantos gallones la conducta de muchos millones de habitantes en lo político, que dirimir otros cuantos gallones el proceder lingüístico de esos mismos millones de parlantes?"

"Claro está que es más fácil, más viable, más posible disponer de las vidas de esos millones: distribuirselos como braceros o como soldados: fijarles precio a sus productos y a su trabajo: regatearles o darles materias primas o mercancías, o fusiles, o aviones, o bombas, que frenar, fijar, pulir y dar esplendor a sus lenguas, y que en este sentido, el Congreso de Academias,

mán, Empresas Editoriales, México, 1967, pp. 617-621. "En septiembre de 1950 Salvador Novo reanudó sus colaboraciones en la revista *Mañana*. La nueva sección se llamó 'Cartas viejas y nuevas de Salvador Novo', e iniciada la crónica 'Perfil de la ciudad de México', prosiguió con verdaderas cartas dirigidas a don Daniel Morales, director de *Mañana*" (nota de Emmanuel Carballo, p. 507). [Se incluyen algunos fragmentos de la carta. N. del E.]

aun con la presencia del Dean Acheson de la política lingüística que hubiera sido don Ramón Menéndez Pidal, habría extrañado menor fuerza coactiva y alcanzado resultados menos palpables que la Conferencia de Cancilleres de Washington. [...]

"Ahora bien: el razonamiento, digamos académico, de Franco al impedir que sus académicos se juntaran con los de México, debe de haber sido por este estilo: '¡Rediez! ¡Pero si esos mejjicanos siguen haciendo el indio! ¿Pues no se empeñan en mantener relaciones con un dizque gobierno fantasma? ¿Pues no, cuando ya los ingleses y los yanquis acabaron por admitir los hechos, me han enviado sus embajadores, y tutti contenti; y ainda mais, los toreros van y vienen, entoavía me salen en la ONU y en la otra con que el fascismo, y que la dictadura, y que la cabra? ¿Que no, hombre, que no! ¡Faltaba más... Si ése les parece que es el gobierno español, pues que carguen con creerse que los refugiados que tienen escriben y hablan como es debido y académico!'. [...]

"Releo estos párrafos, y me asalta la duda de si van a pensar los lectores que hablo con irreverencia de la Academia porque no me ha ido muy bien en su feria: en otras palabras, "de ardidó". Y en efecto, no me ha ido muy bien académicamente. Dos o tres veces me ha llegado por trasmano la noticia de que ahora sí ya es muy probable que los Académicos me llamen a su agrupación, y la noticia me ha llenado de júbilo, porque me indica que por fin he acabado por aprender a escribir, a manejar el idioma, a conocer a los clásicos, tan bien como siquiera el menor de los académicos. Pero mi gozo se va al pozo con igual periodicidad. Una vez Francisco Castillo Nájera, la siguiente Miguel Alessio Robles, me ganan la elección, escriben mejor que yo, y permanezco en espera de otra vacante y de otra oportunidad. Mientras tanto, me aplico a estudiar, a enriquecer mi léxico, a pulir mi ortografía. Ya no con la esperanza de llegar a ser un académico; pero todavía con la de llegar a ser un buen escritor [...]" **U**

Este texto consta de la primera parte del guion para el video sobre los 140 años de la Academia Mexicana de la Lengua. Versión revisada tomando en cuenta las observaciones de Felipe Garrido, Ignacio Padilla y Martha Bremauntz.